

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugar y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Dance Teacher of Paris*

© 2023, Suzanne Fortin

© 2024, de la traducción por Tatiana Marco Marín

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-73-6

Código IBIC: FA

DL: B 4.880-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergi Godia

Impreso en junio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Suzanne Fortin

La bailarina de París

Traducción de Tatiana Marco Marín



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*Para mis hijos: Liam, Hayley, Ross y Esther.
Y para mis nietas: Albie y Elsie*

Prólogo

Fleur

Sussex Occidental

Octubre de 2015

Fleur se sentó en el sillón de su abuela, se colocó la zapatilla de *ballet* de satén en el regazo y apoyó con cuidado las manos sobre los reposabrazos. Cerrando los ojos, pasó los pulgares por la tapicería desteñida por el sol. Siempre que pensaba en su abuela, Lydia, se la imaginaba allí sentada, junto a la ventana mirador, contemplando el campo verde con el sonido de las olas que rompían en la orilla justo al otro lado de la siguiente hilera de casas que disfrutaban de una mejor posición frente al mar.

Respiró hondo y pudo detectar un ligero rastro del perfume favorito de Lydia; uno que ella misma le había regalado en numerosos cumpleaños. Se trataba de Rive Gauche de Yves Saint Laurent. Su abuela había usado aquel clásico de los setenta desde que Fleur tenía memoria. Solo había comprendido la importancia del nombre de la fragancia, que hacía referencia a la orilla izquierda o la parte sur del Sena, en los últimos meses. Sin embargo, no había sabido mucho sobre el pasado de su abuela hasta hacía poco, y menos aún sobre la época durante la guerra en la que Lydia había sido una niña de diez años que vivía en el París ocupado por los alemanes y que asistía al colegio que estaba enfrente de

lo que ahora es el Museo de Orsay, en la margen izquierda de la ciudad.

Fleur soltó el aire y abrió los ojos. Después, posó la mirada en la acuarela en miniatura de Pierre Valois que colgaba de un rincón, junto a la chimenea, y que representaba a una bailarina de *ballet* frente a la barra. Aquella era otra conexión oculta con el pasado de Lydia que había estado a plena vista durante todos aquellos años.

Bajó la vista a la zapatilla de *ballet* y el corazón le dio un vuelco, tal como había ocurrido desde que había descubierto la historia que se escondía tras ella. La tela estaba desgastada por las horas de danza y, ahora, resultaba muy delicada por culpa del paso del tiempo. La cinta estaba deshilachada en los bordes pero seguía intacta. Era una zapatilla que había agraciado las tablas de un estudio de danza de París haciendo piruetas, saltando y brincando, alzándose y cayendo. Era una zapatilla que había albergado mucho amor y muchas esperanzas a lo largo de muchos años. Era una conexión para Lydia y con Lydia; una conexión que Fleur sabía que siempre apreciaría, que siempre la hacía llorar y sonreír, y que siempre la hacía sentirse orgullosa.

Y, ahora que lo sabía todo, también era una conexión que hacía que se le partiera el corazón.

Capítulo 1

Adèle

París

Mayo de 1942

Adèle Basset apartó la vista del piano y enumeró en voz alta la secuencia de pasos para su clase de baile. Aquel día tocaba *ballet*, y si bien sus alumnos, que tenían entre cinco y diez años, probablemente nunca llegarían a forjarse una carrera como bailarines, su entusiasmo incontrolable y su evidente deleite compensaban su falta de habilidad técnica y de elegancia natural.

El sol brillaba a través de los ventanales que ocupaban un lateral del estudio, iluminando a los niños y reflejándose contra la pared cubierta de espejos. A la habitación no le hubiera venido nada mal una reforma. La pintura se estaba desconchando en una esquina y había que reemplazar dos de las tablas de madera del suelo que habían sido reparadas demasiadas veces. Sin embargo, la pintura y la madera escaseaban tras dos años de ocupación alemana.

—*Et demi-plié...* Las rodillas alineadas con los dedos de los pies... Arriba... *Et deuxième. Port de bras...* Seguid el brazo hacia el lateral. —Adèle lanzaba las instrucciones por encima del sonido del piano—. ¡Excelente, Daniel! *Parfait!*

Siendo estrictos, no había sido ni excelente ni perfecto, pero siempre había insistido en que el objetivo de sus clases

extraescolares de danza no era lograr una actuación perfecta, sino la felicidad absoluta.

¿Qué más podía desear nadie para aquellos niños cuando la guerra seguía causando estragos por toda Europa? Aquella hora diaria después del colegio era una forma de evasión tanto para los alumnos como para ella misma tras un largo día de enseñanza. Allí, en aquellas clases, a través de la danza, podían ser cualquier cosa y viajar a cualquier lugar que desearan. Dios sabe que merecían el pequeño placer y el respiro que les ofrecía aquella hora, pues ya habían presenciado horrores que ningún niño tendría que verse obligado a presenciar.

Adèle se levantó del asiento que ocupaba frente al piano y, con un gesto de las manos, les indicó a los niños que continuaran con los pasos, tal como su propia madre les había enseñado a ella y a su hermana, Lucille. Su madre, Marianne, había sido la más hermosa y hábil de las bailarinas y había ensayado con el Ballet de la Ópera de París. Una carrera truncada muy pronto de forma trágica a causa de un accidente automovilístico y, más tarde, una vida interrumpida por culpa de la enfermedad. Adèle sintió la familiar oleada de dolor que acompañaba a cualquier pensamiento sobre su madre. Habían pasado casi doce años desde la muerte de Marianne, lo cual suponía un hito, pues, para entonces, ya había pasado más tiempo ausente de su vida de lo que había estado presente físicamente. Aun así, de algún modo, impartir aquellas clases y transmitir tanto el espíritu de la danza como el amor por la misma hacían que se sintiera más unida a ella y, en cierto sentido, como si todavía estuviera presente.

Sonrió a la clase.

—*Bravo! Allez, tendu.* Acordaos de los brazos; no dejéis que os rocen el cuerpo. Círculos amplios. Eso es, Margot. *Très bien.*

Dando la espalda a los niños, Adèle se unió a ellos, reprodu-

ciendo los pasos para aquellos alumnos menos seguros. No tenían una coordinación muy buena ni una posición perfecta de los pies, pero el ambiente de la estancia era inspirador. No sabía de dónde sacaban tanta energía y deseaba poder disponer de un poco de ella. Aquel día se sentía cansada, exhausta por encontrarse en un estado constante de ansiedad y temerosa de pasarse de la raya con los alemanes, que eran fáciles de irritar y rápidos a la hora de tomar represalias. Captó su reflejo en el espejo. Le sorprendió ver el cansancio que mostraba su rostro y las ojeras grisáceas bajo sus ojos verdes. A su melena castaña, que por lo general brillaba y que llevaba recogida en un moño, le faltaba lustre y, además, se le notaban las clavículas. Las raciones cada vez más escasas no la ayudaban en nada a tener mejor aspecto.

Se abrió la puerta del aula y Gérard Basset, que era su padre y el director de la escuela, asomó la cabeza mientras se subía las gafas por el puente de la nariz. Recorrió la estancia con la mirada y sonrió a su hija a modo de saludo. «Me marcho», le dijo, más haciendo mímica que hablando para no interrumpir la clase. Adèle le devolvió la sonrisa y asintió mientras su padre ofrecía una ronda de aplausos a la clase antes de despedirse con la mano y desaparecer de nuevo por el pasillo.

Cuarenta y cinco minutos después, Adèle dio por terminada la lección.

—Bravo, mes enfants! Bravo!

Hizo una pequeña reverencia frente a sus alumnos, gesto que ellos le devolvieron. Aquella era la señal de que la clase había terminado oficialmente. Mientras los niños se arremolinaban a su alrededor, emocionados, levantó la tapa superior del piano y sacó una pequeña bolsa de tela. Se llevó un dedo a los labios para silenciarlos.

Diez pares de ojos la observaron con impaciencia mientras rebuscaba en la bolsa y sacaba una sarta de anillos de manzana cubiertos con canela. Desató el hilo y repartió aquellas exquisiteces, contemplando cómo los pequeños las devoraban en segundos, recogían hasta la más pequeña de las migas de su regazo y se chupaban los dedos. En los últimos tiempos siempre estaban hambrientos y Adèle se sentía inclinada a sacrificar parte de sus propias raciones para ayudar a mantener a raya los calambres del hambre de los niños.

–Venga, cambiao rápidamente los zapatos –les indicó en cuanto hubieron terminado de comer–. Vuestras madres os estarán esperando abajo. –Se fijó en que una de las niñas miraba desalentada sus zapatillas mientras se desataba las cintas de los tobillos–. ¿Qué ocurre, Juliette?

Se agachó junto a la alumna de ocho años.

–La zapatilla tiene un agujero en el dedo gordo del pie.

–Vaya... Déjame que le eche un vistazo. –Inspeccionó la zapatilla–. Mmm... Sí, se ha agujereado por el desgaste. Tendrás que decírselo a tu madre.

–*Maman* no lo sabe; no puede permitirse comprar unas nuevas.

Adèle pasó la mano con delicadeza por la cabeza y la melena trenzada de Juliette.

–No te preocupes, *ma petite puce*. Te la arreglaré esta noche.

La colocó encima del piano para no olvidársela después. La madre de la niña tenía otros tres hijos que cuidar y, dado que su marido estaba en un campo de concentración en Alemania, no tenía a nadie que la ayudara, así que era probable que arreglar una zapatilla de *ballet* no ocupara un puesto demasiado alto en su lista de prioridades.

Recogió las zapatillas de aquellos niños que no tenían la

suerte de poseer un par propio. Según sus padres, ella y su hermana pequeña, Lucille, llevaban bailando desde que empezaron a andar, así que se habían hecho con toda una colección de zapatillas de *ballet* que ahora le venían muy bien y permitían que los pequeños pudieran participar.

Mientras los ayudaba a cambiarse, tomó uno de los zapatos de calle de Daniel, que tenía cinco años, y se dio cuenta de que la suela casi se había desgastado por completo. Al otro le pasaba lo mismo.

–Un momento –dijo, y salió a toda prisa de la habitación. Regresó unos minutos más tarde con dos hojas de papel rígido que, con anterioridad, habían sido las cubiertas de un libro de ejercicios y que, en ese momento, transformó en un par de suelas–. Ahí tienes; debería aguantar hasta que llegues a casa.

Se acercó al armario y tomó una cesta de zapatos de *jazz*. Rebuscó en ella hasta que encontró lo que estaba buscando y le tendió al niño un par de la talla adecuada.

–Para ti. –Colocó cada uno de los zapatos en uno de los bolsillos del abrigo de Daniel–. Eran míos de cuando tenía tu edad. Dile a tu madre que son un regalo.

Una vez que se habían atado todos los lazos y todas las hebillas, los niños formaron una fila junto a la barra. Adèle estaba a punto de acompañarlos fuera cuando la puerta se abrió de golpe y, para su horror, entraron dos soldados alemanes, seguidos de inmediato por un oficial y un policía francés.

–¿Mademoiselle Basset? –preguntó el oficial alemán.

Se quitó la gorra con visera y se la colocó debajo del brazo. Después, contempló su portapapeles.

–*Oui* –contestó ella, intentando no mirar fijamente la cicatriz que recorría el labio inferior del alemán y se le perdía por la barbilla, dibujando una curva.

Se colocó entre él y los niños. Echó un vistazo al policía francés, que estaba sudando de forma visible. Esperaba que fuese por vergüenza y remordimiento. Él apartó la vista y Adèle sintió cierto grado de satisfacción ante su incomodidad mientras la palabra «traidor» le daba vueltas en la cabeza.

El oficial alemán apartó la vista del papeleo e hizo una pausa antes de hablar.

—No se preocupe; tan solo he venido para recopilar cierta información.

Ella asintió, aunque no estaba segura de que no tuviera que preocuparse. Notó cómo uno de los niños entrelazaba una manita con la suya y, después, un cuerpecito se acurrucó contra su pierna. Se trataba de Daniel. Adèle le dio un suave apretón de manos para tranquilizarlo y volvió a mirar al agente.

—¿Cómo puedo ayudarle? —se aventuró a decir.

—Necesito una lista de todos los niños judíos que asisten a su clase. Nombres, edades y direcciones. —Desvió la mirada más allá de Adèle, contemplando la hilera de rostros asustados. Después, sacó una hoja de papel de su portapapeles y se la tendió a ella—. Rellene este formulario. Regresaré a por él en veinticuatro horas. No se olvide de incluir algún nombre. Si no, se consideraría comportamiento subversivo, algo que no vamos a tolerar. ¿Entendido? —añadió, sacudiendo el papel.

Ella asintió.

—*Oui.*

Tomó el papel y sintió terror tanto en el corazón como en el estómago. Justo el día anterior, Manu, el del museo que se encontraba en el edificio de al lado de la escuela, le había dicho que circulaban rumores de que se iba a llevar a cabo una redada de judíos. No podía referirse también a los niños, ¿no?

–Muy bien.

El oficial volvió a mirar a los pequeños como si quisiera memorizar sus rostros. Después, inclinó la cabeza ante ella de forma seca y salió de la sala con grandes zancadas.

Adèle sintió que le flaqueaban las rodillas, así que extendió una mano para agarrarse a la barra y mantener el equilibrio. Respiró hondo y esbozó una sonrisa mientras se daba la vuelta hacia los niños.

–Habéis hecho muy bien en quedaros tan quietecitos –dijo–. Esperad aquí un momento.

Asomó la cabeza hacia el pasillo para asegurarse de que no había ni rastro de ningún invitado no deseado. Oía el sonido de sus pasos alejándose conforme bajaban por las escaleras. Se acercó a la ventana y observó las figuras del oficial alemán, los dos soldados y el policía francés saliendo del edificio por la puerta principal. Un sedán los estaba esperando y, en cuanto estuvieron dentro, se alejó a toda prisa.

Adèle soltó un suspiro de alivio, pero no fue capaz de librarse de la sensación de ofensa. Odiaba la idea de que los soldados alemanes, por no hablar del policía francés, hubieran estado en la escuela. Era como si su mera presencia pudiera infectar y contaminar el aire del edificio, asentándose en los muebles y accesorios, colándose entre los suelos y los techos, esparciéndose como las bacterias. Apartó esa idea de su mente.

Los niños empezaban a estar inquietos y, cuando se giró para mirarlos, volvió a asegurarse una vez más de que, al menos, tuviese cara de que no había nada de que preocuparse.

–¿Estáis todos listos para ir a casa? Vuestros padres os están esperando.

Sacó fuera del aula a su bandada de pequeños cisnes y los condujo hasta el vestíbulo, donde sus padres se mostraron

aliviados al verlos, excepto por dos madres, que parecían estar en medio de una disputa.

–Está empezando a resultar demasiado peligroso venir –dijo la madre de Juliette mientras miraba a la madre de Daniel, madame Charon–. Es la gente como usted la que hace que resulte peligroso.

La madre de Daniel alzó la vista.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Judíos; son los que lo complican todo. No debería volver a venir. Entonces, los alemanes nos dejarían en paz.

–Señoras, por favor –las interrumpió Adèle–; deberíamos permanecer unidos, no pelear entre nosotros.

–Tan solo estoy constatando un hecho.

La madre de Juliette no parecía arrepentida.

–Por favor, márchense ya todos a casa.

Adèle adoptó su tono amistoso pero autoritario en un intento de imitar a su padre, que, de algún modo, inspiraba respeto sin resultar beligerante. Consiguió el efecto deseado y, para su alivio, el vestíbulo se quedó vacío enseguida. Contempló el formulario que tenía entre las manos y en el que se suponía que tenía que anotar los nombres. La necesidad que sentía de hacerlo trizas era demasiado grande, así que, para evitar tentaciones, lo dejó en el mostrador de recepción. Madame Allard, la secretaria de la escuela, lo encontraría por la mañana. Ella no se sentía capaz de hacerlo.

Se abrió la puerta de la entrada, haciendo que diera un respingo. Se trataba de Manu.

–Lo siento; no era mi intención asustarte –dijo él mientras cerraba la puerta.

Después, le tocó el brazo un instante.

–Manu –contestó con una sonrisa, aliviada de ver a su amigo, pero con la esperanza de que no se le notara el leve

rubor de las mejillas. Aquella noche, el rostro del hombre estaba marcado por la preocupación—. ¿Va todo bien? –le preguntó.

–Sí. Venía a preguntarte lo mismo. He visto a tus visitantes. La miró fijamente con sus ojos oscuros.

–Quieren una lista con los nombres de nuestros alumnos judíos –contestó. A pesar de que su padre le había advertido que no hablara de más, sabía que podía confiar en Manu—. No sé por qué tienen en el punto de mira a los niños.

Él soltó un suspiro y se frotó la nuca.

–Tal vez estén comprobando que no falta nadie en las listas. Hay rumores de que algunas familias no están registrando a sus hijos. Como ya te dije, en la ciudad se comenta que pronto habrá una redada de judíos. Algunos hablan de esconderse o de dejar la ciudad antes de que ocurra.

–¿Adónde los llevarán?

–A campos de concentración, según parece, aunque a saber qué es lo que van a hacer con ellos en realidad...

–Todos los días digo que no puedo creerme lo que le está sucediendo a esta ciudad que tanto amo. –Paseó de un lado al otro del vestíbulo—. ¿Has visto al agente de policía que ha venido hoy? Lo han mandado con ellos para que pensemos que es el Gobierno francés el que está haciendo todo esto en lugar de los alemanes.

–Ya lo sé, Adèle, pero, por favor, mantén la calma y haz lo que te piden.

Ella detuvo sus pasos.

–No soy tan idiota como para enfrentarme a ellos de forma tan descarada, pero hay otras maneras...

–Desde luego. Pero, por ahora, te sugiero que obedezcas. Si te arrestan, no servirás de nada a nadie, especialmente a los niños.

Sabía que tenía razón, pero odiaba sentirse tan impotente.
–Hace un rato, las madres estaban discutiendo. No soporto todo el miedo y la desconfianza que nos rodean.

Manu le tomó la mano.

–Lo sé, pero no debes hacer nada imprudente. Tengo que marcharme; yo también tengo que elaborar una lista.

El corazón le latió un poco más rápido ante el roce de la mano de él sosteniendo la suya, pero intentó mostrarse indiferente.

–¿De verdad?

–Sí; quieren una lista de todos los objetos que tenemos en el museo.

–¿Van a llevárselos?

Manu asintió.

–Los van a robar. Se los van a robar a la gente de París. Sé que no tienen tanto valor como tus niños, pero, aun así, me entristece profundamente. –Hizo un gesto con la cabeza y, después, le dio un beso en la mejilla–. Buenas noches, Adèle. Cierra la puerta con llave cuando me vaya.

Observó cómo se marchaba, decepcionada como siempre de que no pudiera quedarse un poco más. Después, echó los cerrojos antes de tomar la llave del mostrador de recepción y cerrar con ella. Pronto, se marcharía a casa. Su hermana, Lucille, iba a prepararles la cena aquella noche. Su padre había ido a buscarla a su lugar de trabajo, pues trabajaba de secretaria en uno de los edificios del Gobierno que ya estaba bajo control alemán. A Gérard le preocupaba que trabajara allí e ir a su encuentro todas las noches lo tranquilizaba, aunque Adèle no estaba muy segura de que su hermana, que tenía un espíritu libre, valorase del todo aquel gesto de aprecio.

De vuelta en el estudio de danza, terminó de recoger las

zapatillas de *ballet* en la cesta y la volvió a dejar en el armario. Tomó una aguja e hilo del costurero y se puso manos a la obra para arreglar la punta de la zapatilla de Juliette. Atravesó el satén rosa con la aguja, tirando del hilo del mismo color hasta que, poco a poco, fue remendando el agujero del calzado. Pensó en su madre, en su ciudad, en los niños de su clase y en las heridas de las que todos tendrían que recuperarse en el futuro. Como en el caso de la zapatilla, podrían ser reparados, pero quedarían marcados para siempre.

Capítulo 2

Adèle

Tras terminar de remendar la zapatilla de Juliette, Adèle cerró la escuela. Justo cuando estaba a punto de echar la llave de la puerta, una mujer apareció a su lado. Era la madre de Daniel, que, en ese momento, se encontraba sola. Llevaba el pañuelo de la cabeza anudado bajo la barbilla y, aunque la brisa de la noche era cálida, vestía el abrigo abotonado y con el cinturón bien ceñido. Parecía agitada y nerviosa.

–Madame Charon, *comment ça va?*

A Adèle le sorprendió verla allí; era algo bastante inusual.

–Bueno... Eh... Quería darle las gracias por los zapatos –comenzó a decirle la mujer–. Me avergüenza no poder comprar unos a mi propio hijo.

–No tiene que darme las gracias –contestó–. Me alegra poder ser de ayuda.

Madame Charon frunció los labios antes de hablar de nuevo.

–Y gracias por defenderme antes, en el vestíbulo.

–Repito: no tiene que darme las gracias. Todos estamos asustados, así que la gente dice cosas que, normalmente, ni siquiera se les pasarían por la cabeza. –Giró la llave en la cerradura, suponiendo que la conversación había terminado, pero, cuando volvió a echar otro vistazo a la madre, tuvo la sensación de que le ocurría algo más–. ¿Va todo bien, madame? –dijo.

–Necesito hablar con usted –dijo la mujer–. En algún lugar privado.

Fue la urgencia en la voz de madame Charon lo que hizo que abriera la puerta y la condujera de nuevo al interior de la escuela sin hacer más preguntas. Una vez dentro, volvió a cerrar y echó los cerrojos.

–¿Qué ocurre?

–Daniel me ha dicho que un oficial alemán le ha pedido una lista de nombres; de nombres judíos. ¿Es cierto?

La mujer apretó ambos puños mientras las manos le temblaban de forma involuntaria.

–Sí, es cierto. Lo siento –contestó Adèle, sintiéndose culpable, a pesar de que no tenía motivos–. No quiero hacerlo; de verdad que no.

Madame Charon asintió y tragó saliva, nerviosa.

–Estoy segura de que no quiere, pero sabe lo que eso significa, ¿verdad?

–No sabemos nada con seguridad.

Adèle intentó mantener un tono de voz esperanzador para calmar a madame Charon, que cada vez parecía más agitada.

–Cobarde –espetó la mujer–. Es una cobarde por no admitir que sabe exactamente lo que significa, por fingir que no lo sabe para poder lavarse las manos y tener una excusa para no hacer nada para ayudarnos o para evitar que ocurra.

–Lo... Lo siento.

A Adèle se le atragantaron las palabras. El hecho de que la llamara cobarde la sorprendió. Sintió como si le hubieran dado un puñetazo. Quería mostrarse indignada y rebatir la acusación, pero en lo más profundo del corazón sabía que no podía. Madame Charon estaba en lo cierto: era una cobarde por mostrarse tan obediente.

–Se nos llevarán. No somos judíos franceses. Vinimos a

Francia hace quince años para comenzar una nueva vida. ¡Qué estúpidos fuimos! Hemos perdido todo lo que teníamos; nuestro modo de vida. Ya no podemos comerciar. Congelaron nuestras cuentas bancarias el mes pasado. Pronto, tan solo me quedarán las pocas monedas que tengo en el monedero. Justo ayer emitieron una lista de las profesiones que ya no se nos permite practicar y, hoy, piden una lista con los nombres de los niños. ¿No ve lo que está ocurriendo en su ciudad?

Adèle dio un paso atrás, temiendo que la mujer fuese a intentar zarandearla para que le contestara.

—Claro que sí; lo veo todos los días, pero ¿qué puedo hacer? Lo siento. Lo siento muchísimo, pero tengo que darles los nombres.

—Su padre es un hombre respetado, un hombre benevolente apasionado por esta escuela y sus alumnos. No tengo dudas de que usted ha heredado todas sus cualidades honorables. Mi hijo la adora. —La mujer juntó las manos como si estuviera rezando—. Por favor, se lo ruego, no incluya el nombre de Daniel en esa lista.

—Tengo que hacerlo —contestó Adèle—. Si la comparan con el censo, se darán cuenta.

—Por favor, Adèle. Piénselo. Por favor, encuentre el valor para ayudarme. Ayude a mi hijo.

Los ojos de la mujer se inundaron de lágrimas.

Adèle la rodeó con los brazos, olvidando de inmediato lo que acababa de ocurrir entre ellas. Quería consolarla, asegurarle que todo saldría bien y que había una solución, pero lo cierto es que no podía prometerle nada.

Madame Charon se apartó.

—Tengo que irme. He dejado a Daniel con una vecina. Siento haber venido. No ha estado bien por mi parte.

–No, no pasa nada –insistió ella–. Solo que no sé cómo ayudar; eso es todo. –Quitó los cerrojos de la puerta principal–. Por favor, tenga cuidado, madame Charon; tenga cuidado con quién habla.

La mujer hizo una pausa en el umbral de la puerta.

–Si me ocurriera algo, intente ayudar a Daniel, por favor.

Antes de que pudiera responder, la madre ya había salido por la puerta en dirección a la calle.

Mientras se apresuraba a volver a casa, ambas visitas de aquella tarde ocuparon sus pensamientos. El edificio color crema se alzaba cuatro pisos por encima del nivel del suelo, coronado por unas buhardillas grises y emplomadas. Abrió la puerta de madera y subió las escaleras que ascendían en espiral por el centro del edificio hasta que llegar a su apartamento, que estaba en el último piso. Ahora que la edad empezaba a pasarle factura, su padre prefería tomar el ascensor, pero a ella le gustaba el reto de los cincuenta y dos peldaños.

Cuando llegó, su padre y Lucille acababan de sentarse a la mesa.

–Justo a tiempo –dijo su hermana.

Adèle los saludó con un beso en la mejilla a cada uno y ocupó su asiento frente a ellos.

–Tiene buena pinta –dijo mientras tomaba la cuchara y la metía en el cuenco de sopa que tenía frente a ella.

Patata y zanahorias, todo un manjar.

–¿Te gusta? –le preguntó Lucille mientras observaba cómo empezaba a comer.

–Sí, está deliciosa. No me puedo creer que lleve zanahorias. ¿Dónde las has conseguido?

Llevaban varias semanas en las que, como plato principal, no habían comido nada que no fueran patatas. Cada día,

la crisis alimentaria empeoraba. Los alemanes se estaban quedando al menos con un tercio de lo que podían producir (a menudo, incluso más), y dejaban muy poco para repartir entre el resto de la población. En las calles, aquel era el principal tema de conversación, sobre todo ahora que se formaban colas larguísimas solo para conseguir la exigua ración que les correspondía. Y con frecuencia ni siquiera esta estaba disponible.

Lucille le dedicó una sonrisa de emoción y los ojos azules le resplandecieron.

–Me las ha dado una persona amiga.

–¿Una persona amiga? –preguntó Adèle. Era consciente de que su hermana pequeña se moría por que le preguntara–. ¿Qué persona amiga?

–Alguien del trabajo.

–¿Y cómo se llama tu amiga? –preguntó ella, divertida ante la idea de que, con veinte años, Lucille siguiese actuando a veces como si fuera una niña.

–No es una amiga –contestó su hermana mientras el rubor le subía por el cuello–. Se trata de un amigo.

Adèle le sonrió.

–¡Oh! Cuéntame.

Le lanzó una mirada rápida a su padre, que no parecía muy impresionado. Tal vez no le gustase la idea de que su hija tuviese novio.

–Se llama Peter. Peter Müller.

Le costó un instante comprender lo que estaba diciéndole.

–¿«Müller»? ¿No es un apellido alemán?

El gesto de Lucille era desafiante.

–Lo es.

–Cuéntale lo demás –dijo Gérard.

–¿Lo demás?

Adèle pasó la mirada de su hermana a su padre y de vuelta a su hermana.

–Es un oficial de la Wehrmacht –contestó Lucille mientras daba vueltas a la cuchara dentro del cuenco–. Y, antes de que digas nada, no está en las SS, la Gestapo ni nada parecido. No es más que un oficial del ejército que está haciendo su trabajo como cualquier otro oficial de cualquier otro ejército en cualquier otro país.

–Pero, Lucille, nada de eso importa. Te relacionas con un alemán. Pensarán que eres una colaboradora. –Adèle no podía ocultar la conmoción que había en su voz o en su rostro. ¿En qué estaba pensando su hermana pequeña? Se giró hacia su padre–. Papá, no es posible que apruebes esto, ¿verdad? Dile que tiene que poner fin a esa relación de inmediato.

–Adèle, deja de interpretar el papel de hermana mayor todo el tiempo. No puedes decirme qué hacer. Soy una mujer adulta y lo que haga o deje de hacer solo es asunto mío.

–Papá... –suplicó ella–. Díselo, por favor...

Gérard soltó un fuerte suspiro y, tras dejar la cuchara sobre la mesa, juntó las manos.

–Ya le he dicho a Lucille lo que opino sobre este asunto. Le he dejado muy claro que no lo apruebo, pero, como muy bien señala, ya es una adulta y es asunto suyo.

–¡Eso es ridículo! –Adèle no pudo contenerse, no después de lo que había ocurrido en el estudio. Amaba a su padre por sus ideas liberales y progresistas, pero sin duda aquello era ir demasiado lejos–. Ese oficial tuyo es un soldado alemán; es el enemigo. ¿Es que no lo ves, Lucille? ¿No te importa lo que los demás dirán de ti? ¡Dirán que eres una ramera de *les boches*!

–Adèle, ya basta –le advirtió su padre.

–Lo siento, pero es la verdad.

–En realidad, no me importa lo que digan los demás –replicó Lucille–. Todas esas viejas amargadas tan solo están celosas y no soportan ver a una persona joven disfrutando de la vida...

–No se trata de eso –contestó Adèle–; es mucho más que eso.

–¿Sabes? Siempre te he admirado, Adèle. Mi hermana mayor... Puede que tan solo seas cuatro años mayor que yo, pero siempre me has cuidado como si fueras mi propia madre. Papá siempre nos ha enseñado a aceptar y no juzgar a los demás –dijo su hermana–. No puedo negar que me decepciona ver que das la espalda a esa moral y esos valores.

–¿Cómo puedes decir eso cuando son los propios alemanes los que no tienen moral? –espetó ella.

–Si lo conocieras, te gustaría. No quería unirse al ejército, tuvo que hacerlo. Él no ha escogido esta carrera; es ingeniero de profesión –protestó Lucille–. Pensé que te alegrarías de que estuviera feliz. Amo a Peter y él me ama a mí.

Su hermana tenía razón. Tras la muerte de su madre, ella había adoptado el papel de cuidadora principal. Tener a alguien por quien seguir adelante la había ayudado a sobrellevar aquellos tiempos oscuros. Que le echaran eso en cara era un golpe duro. Puede que Lucille fuese una mujer adulta, pero era una ingenua.

–¿Os amáis? –preguntó Adèle con un resoplido de burla.

–Sí, muchísimo.

–¿Y cuánto tiempo lleváis viéndoos?

–Seis semanas.

Su hermana seguía mostrándose desafiante.

–¿Tú sabías esto, papá?

Gérard sacudió la cabeza.

–No, me he enterado esta noche.

–¿Y adónde crees que te va a llevar este romance? –dijo, volviendo a centrarse en su hermana.

–Cuando termine la guerra, Peter y yo nos casaremos.

Lucille hacía que pareciera muy sencillo.

–¿Cuántos años tiene?

Adèle no se animaba a pronunciar su nombre.

–Treinta y uno y, antes de que digas nada, me da igual la diferencia de edad. A ninguno de los dos nos importa.

–¿Treinta y uno? Me sorprende que siga estando soltero... –comentó. Dio un sorbo de agua. Se hizo el silencio y, en aquella ocasión, Lucille no le replicó. Adèle dejó el vaso de agua—. Está casado, ¿no es así? –No era más que una corazonada, pero, a juzgar por los brazos cruzados de su hermana y su negativa a mirarla a los ojos, supo que estaba en lo cierto—. Lucille, está casado, ¿verdad? –repitió.

Su hermana alzó la cabeza de golpe con la ira ardiéndole en los ojos.

–¿Y qué pasa si está casado? ¡No es feliz! Ya no se quieren y, como he dicho, cuando acabe la guerra, se divorciará de ella y, entonces, nos casaremos.

Adèle enterró la cabeza entre las manos, desesperada. El silencio se apoderó de la habitación. Al final, fue su padre el que habló.

–He de decir que dicha información no me alegra mucho, pero soy consciente de que esas cosas pasan. Desde luego, no es lo que habría elegido para ti, Lucille, pero... Espera, escúchame... También respeto tus decisiones. Tan solo te pido que pienses en todo esto con mucho cuidado antes de continuar con esa relación. No vivimos tiempos normales. Hay mucho resentimiento hacia el ejército alemán y, además, está creciendo y tomando impulso. También debes tener eso

en cuenta. –Hizo una pausa–. Además, tienes que pensar en Adèle y en mí.

Adèle alzó la mirada.

–Sí, papá tiene razón. No puedes ponernos en peligro solo porque te hayas enamorado ciegamente.

–No eres quién para hablar de amores ciegos –replicó Lucille–. Al menos, yo actúo guiándome por mis sentimientos; no como tú.

–¿Qué se supone que significa eso? –preguntó Adèle, indignada.

Su hermana chasqueó la lengua.

–Manu. Llevas todos estos años enamorada de él y con la esperanza de que te vea como una mujer en lugar de como una hermana pequeña. Estás malgastando tu vida esperándolo. Yo no voy a cometer el mismo error.

Lucille se sentó más erguida y levantó la barbilla con un gesto de osadía, tal como hacía siempre que creía tener razón. Adèle sintió el aguijonazo de las palabras de su hermana más de lo que le gustaría admitir.

–Ya basta, no seas ridícula.

Lucille soltó una carcajada.

–No estoy siendo ridícula; en absoluto. No creas que no me he dado cuenta de cómo sonríes como una loca cada vez que hablas de él. Te pones tan roja como un tomate maduro cuando te saluda con un beso y, cuando se marcha, pareces un cachorrito abandonado. El mes pasado, cuando apareció con Édith, su nueva novia, volviste a casa y estuviste llorando en tu habitación como un bebé. Aquella noche, te oí a través de las paredes.

–Ya basta –siseó ella, que estaba estupefacta y avergonzada a la vez por aquellas palabras tan crueles pero acertadas.

–Lucille, es suficiente.

–De todos modos, no veo de qué manera os estoy poniendo en peligro –continuó la joven–. No es como si estuvierais haciendo algo malo; no os van a arrestar por cumplir la ley.

Pensó en madame Charon y en el pequeño Daniel. No, no estaba haciendo nada malo..., por el momento.

–No todo gira en torno a ti –dijo.

Se le estaba acabando la paciencia. ¿Cómo podía su hermana estar tan ciega ante lo que estaba pasando a su alrededor y lo que estaba ocurriéndoles a su gente y sus calles?

–Tampoco en torno a ti –replicó Lucille–. Además, hay muchos beneficios. No te he visto quejarte hace un momento por comer zanahorias. Me las ha dado Peter. No puedes tener un doble rasero.

–¡Si lo hubiera sabido, no me las habría comido por principios! –espetó ella–. Si pudiera provocarme el vómito y devolver solo las zanahorias, lo haría.

–Y se supone que tú eres la madura. –Lucille puso los ojos en blanco mientras llevaba su cuenco al fregadero–. Tendrás que hacerte a la idea, ya que he invitado a Peter a cenar el viernes por la noche.

Tras decir eso, salió de la habitación haciendo aspavientos.

–¡Bueno, en ese caso, no me quedaré a cenar! –gritó.

Gérard le puso a su hija mayor una mano tranquilizadora en el brazo.

–No creo que eso sea una buena idea. No servirá más que para atraer la atención sobre ti. Podría empeorar las cosas.

Adèle soltó un bufido de exasperación mientras la ira ardía en su interior. Lo último que quería hacer era sentarse a la mesa y compartir una cena con un oficial alemán, pero, al mismo tiempo, tampoco quería someterse a un escrutinio innecesario.

El sonido de unos gritos en la calle interrumpió sus pensa-

mientos. Siguió a su padre hasta la ventana y miró en dirección a la conmoción que se estaba produciendo más abajo.

Una patrulla alemana se había detenido y estaba interrogando a una mujer y al que parecía su hijo adolescente. La mujer, cuya cesta de comida se había desparramado por el suelo, estaba acorralada contra la pared y uno de los soldados le estaba apuntando con la pistola. El otro soldado le gritaba al chico, que, según calculaba Adèle, no podía tener más de catorce o quince años. Era evidente que estaba asustado y confuso.

Sin previo aviso, el alemán golpeó al muchacho en la cara con la culata del rifle. La mujer chilló cuando su hijo cayó al suelo. Adèle ahogó un grito de horror mientras agarraba a su padre del brazo.

—Papá, ¿qué están haciendo? ¡No es más que un niño!

—No mires —le contestó él.

Sacudió la cabeza. No iba a permitirse el lujo de apartar la vista y no presenciar aquel asalto. Esa pobre madre no podía hacerlo, así que ¿por qué habría de disfrutar ella de tal privilegio?

La mujer chillaba y quiso acercarse corriendo a su hijo, pero el primer soldado le cortó el paso, colocándole el rifle cruzado sobre el pecho y empujándola hacia la pared.

El segundo le gritaba al chico, que yacía en el suelo hecho un ovillo. Intentó ponerse de pie, pero el alemán le dio una patada en el estómago. Entonces, le escupió en la cara antes de llamar a su camarada. Después, ambos se subieron al automóvil y se alejaron.

Adèle no dudó. Salió disparada a la cocina y agarró un trapo limpio y un cuenco de agua recién hervida que estaba en el fuego antes de bajar corriendo las escaleras y salir a la calle, donde la mujer estaba ayudando a su hijo a sentarse.

–¿Cómo está? –preguntó mientras dejaba el cuenco en el pavimento, junto al muchacho.

La mujer le lanzó una mirada recelosa.

–¿Lo ha visto?

–Desde la ventana de mi piso. Lo siento mucho.

La mujer la observó durante un instante y asintió. Después, volvió a centrar la atención en su hijo.

–Ha perdidos dos dientes. –Tragó saliva con fuerza y le arrebató el cuenco–. Gracias.

Adèle empezó a recoger la compra que se había esparcido por el suelo. En aquel momento, su padre salió a la calle con algunas franjas de tela blanca que parecía haber arrancado de una sábana para convertirlas en vendas improvisadas.

Entre ambas, limpiaron al muchacho lo mejor que pudieron y Gérard le colocó una venda en torno a la cabeza para ayudar a detener la hemorragia.

–¿Puedo acompañarlos a casa? –preguntó.

–No, ya han sido bastante amables –contestó la mujer.

Ayudó a su hijo a ponerse en pie, dándole apoyo con una mano mientras con la otra sujetaba la cesta. Juntos, se alejaron por la calle, cojeando.

–¿Qué crees que habrán hecho para merecer algo así? –preguntó Adèle mientras ella y su padre regresaban a su casa.

–¿Quién lo sabe? –dijo el hombre con un suspiro–. Lo hacen por diversión.

–No sé cómo pueden dormir con la conciencia tranquila.

Durante el resto de la noche, no pudo quitarse de la cabeza la imagen del muchacho, de lo indefenso que se había mostrado y de cómo su madre había estado impotente mientras la obligaban a observar.

La palabra «enfado» no era lo suficiente fuerte para describir lo que sentía. «Furia» era mucho más adecuada.

Odiaba todo lo que tenía que ver con la ocupación, pero, sobre todo, despreciaba la forma en que estaban tratando a sus compatriotas, tanto hombres como mujeres y niños.

Mientras se cepillaba el cabello antes de meterse en la cama, se prometió a sí misma que haría todo lo posible para luchar contra el enemigo.

Capítulo 3

Fleur

Sussex Occidental

Julio de 2015

Fleur aparcó en el exterior de la casa de su abuela, Villa Jazmín, la propiedad que poseía en una urbanización junto a la playa en Felpham, un pueblo costero muy tranquilo de Sussex Occidental. Su abuela, Lydia, había vivido en aquel modesto chalet frente al mar desde que Fleur tenía memoria. De hecho, desde la muerte de su madre cuando era una niña, ella misma había crecido allí. Su abuelo había fallecido antes de que ella naciera, dejando viuda a su abuela cuando todavía era muy joven. Después, cuando había muerto su madre, que era la hija de Lydia, abuela y nieta se habían convertido la una en el pilar de la otra. De algún modo, habían conseguido mantenerse a flote mientras navegaban por los mares tormentosos del dolor.

El chalet tenía una apariencia casi suiza, con un tejado a dos aguas estrecho y un pequeño balcón de madera en el primer piso con vistas al jardín delantero. Revestida con tablas de madera blancas y un porche cubierto por ventanales con marcos de acero que recorría toda la largura de la propiedad, aquella era una de las casas de estilo más antiguo de toda la urbanización. Aun así, a Fleur le encantaba por su belleza sutil.

A pesar de que se había mudado a su propio piso unos años atrás, todavía tenía una llave de la puerta delantera. Su abuela le había dicho que se la quedara, insistiendo en que Villa Jazmín siempre sería su hogar. Entró y la llamó. –¡Abuela! ¡Soy yo!

Se dirigió al salón, esperando encontrar a la mujer en su lugar habitual, contemplando el jardín trasero. Sin embargo, aquel día, el sillón estaba vacío. Sobre la mesita que estaba al lado había un par de zapatillas de *ballet*. A pesar de que hacía mucho tiempo que no las veía, Fleur las reconoció como una de las posesiones de Lydia.

Tomó una de las zapatillas. La tela estaba descolorida y frágil, desgastada en la zona del dedo gordo a causa de las horas interminables de danza. La plataforma en que se apoya la punta del pie hacía que pareciera que el calzado era muy grande, así que le costaba imaginarse el delicado pie de Lydia en su interior. Mientras volvía a dejar la zapatilla en su sitio, se fijó en una fotografía que había sobre la mesa. Era de su abuela, tal vez de los últimos años de su adolescencia. Estaba frente a una barra de *ballet*, con un pie extendido, los dedos de los pies en punta y un brazo arqueado hacia un lateral. No creía haberla visto antes, aunque, en realidad, no había visto muchas fotos de su abuela cuando era joven.

–¡Abuela! –gritó más fuerte mientras se abría paso a través de la cocina.

–¡Estoy arriba! –le llegó la voz de la mujer, cuyo acento francés seguía siendo evidente a pesar de que llevaba viviendo en Inglaterra desde principios de los años cincuenta, cuando había llegado como una joven y embarazada esposa.

Fleur la encontró en la habitación de invitados, sentada frente al ordenador.

–Hola, abuela –la saludó, dándole un beso en ambas mejillas–. ¿Estás bien?

–*Bonjour*, querida. *Ça va bien*. –A Lydia todavía le gustaba usar palabras francesas en las frases–. *Et toi?* ¿Cómo estás?

–Estoy bien –contestó ella mientras miraba por la ventana en dirección al campo verde que ocupaba la parte central de la urbanización. La casa de Lydia estaba situada en uno de los cuatro caminos que lo rodeaban y que conducía a la playa. Se sentó en el sillón de lectura y tomó el libro que estaba sobre el reposabrazos–. ¿Qué tal es?

–*Pas trop mal*. No está mal, pero creo que ya he adivinado quién es el asesino –contestó Lydia.

–Claro que sí. No tengo duda alguna de que no te equivocas, señorita Marple –bromeó ella.

La mujer sonrió, pero la sonrisa le desapareció de los labios en forma de corazón casi tan rápido como había aparecido.

–A tu madre le encantaban todas las novelas de misterios y asesinatos. Agatha Christie era su autora favorita.

Fleur asintió.

–Lo sé. Tenía dos libros a mano en cualquier momento. Recuerdo que siempre llevaba uno en el bolso.

Lydia tomó el libro, se lo puso en el regazo y colocó las manos sobre la cubierta.

–Cuando leo sus libros, casi puedo sentir su presencia. Sé que tal vez suene extraño, pero hacen que me sienta más unida a ella. –Empezó a pasar las páginas–. Saber que tu madre, mi hija, tocó estas hojas con sus propias manos... Es casi como si pudiera extender el brazo hacia ella y tocarla de nuevo.

Fleur se veía incapaz de mirar a su abuela, ya que se sentía culpable por no experimentar los mismos sentimientos. Si su madre no hubiera decidido subirse al automóvil aquel

día y conducir hasta el pueblo para ir a la maldita librería porque quería libros nuevos... Si no hubiera ido, no habría estado en el camino del camión. El conductor había perdido el conocimiento al volante y se había saltado un semáforo en rojo para después chocar contra su madre, matándola al instante. Y todo por culpa de unos libros. Como siempre, el dolor de haberla perdido se vio aplacado por la sensación de injusticia y el enfado ante aquel acontecimiento que le había cambiado la vida. Deseaba poder sentir algo que no fuera la rabia que había sofocado su pesar y, al mismo tiempo, sabía que, si desaparecía la ira, tendría que enfrentarse al dolor. Aquel era un territorio desconocido que no tenía deseos de explorar y documentar.

–No tengas miedo de tus sentimientos –le dijo su abuela, interrumpiendo sus pensamientos–. Intenta dejar de pensar en ello en términos de quién es culpable; fue un accidente.

Fleur siguió con la mirada gacha. Claro que sabía que había sido un accidente, pero, si aceptaba que no podría haberse evitado, entonces tendría que dejar de estar enfadada, y el miedo y la ira eran el muro que contenía su dolor. No era la primera vez que hablaban de aquello, pero se había dado cuenta de que, en los últimos meses, su abuela había sacado aquel tema de conversación más a menudo.

–Solo puedo enfrentarme a ello a mi manera, abuela –dijo en tono de disculpa.

–Lo sé, pero me preocupa; no es sano.

–Estoy bien, de verdad –contestó, mirando al fin a la mujer. Forzó una sonrisa y señaló el ordenador–. ¿Qué te traes entre manos?

–Estoy mirando hoteles en París; intentando conseguir la mejor oferta –contestó Lydia.

Cada vez que Fleur les mencionaba a sus amigas que a su

abuela se le daba bien la tecnología, que practicaba *ballet* todos los días, que nadaba en el mar tres veces a la semana y que, aunque tenía un automóvil, prefería ir en bicicleta a todas partes, ellas siempre se la imaginaban como una abuela joven y vivaracha, así que se sorprendían hasta la incredulidad cuando ella les decía con orgullo que Lydia tenía ochenta años.

—Ah, tu viaje anual a París —dijo ella—. ¿No vas a hospedarte en el mismo hotel de siempre?

—Eso espero. —Lydia se quitó las gafas de leer—. Quería preguntarte una cosa.

El rostro de su abuela, que normalmente se mostraba calmado, parecía más preocupado. Frunció las cejas y se le arrugó el ceño. Durante un breve instante, el refinamiento de aquella mujer quedó eclipsado por algo que Fleur no presenciaba muy a menudo: la tristeza. ¿Era esa la forma adecuada de describirlo? Hablar de una carga parecía demasiado dramático, pero, a pesar de la elegancia y la gracia que Lydia demostraba siempre en todo lo que hacía, de vez en cuando, se podía entrever un leve destello del peso con el que cargaba.

—Adelante, pregunta —dijo, intentando sonar despreocupada.

Durante un instante, la mujer jugueteó con el puño de su manga y, después, se dio una palmadita en la parte trasera de la melena, que la edad había teñido de blanco y que siempre llevaba recogida en una característica trenza francesa. Posó las manos sobre la falda negra.

—Como sabes, todos los años viajo a París yo sola.

—Sí —contestó Fleur sin pensar.

Efectivamente, su abuela viajaba a París todos los agostos para presentar sus respetos a aquellos seres queridos que había perdido durante la guerra.

–Sé que no me gusta admitirlo, pero los años empiezan a pesarme y no sé cuántos más me quedan.

–Ay, no digas eso, abuela.

Lydia levantó una mano.

–Por mucho que no nos guste decirlo, no podemos negarlo. De todos modos, esa no es la cuestión. He estado pensando que, cuando ya no esté en este mundo, algo para lo que no queda demasiado tiempo, esa parte de mi vida, el tiempo que pasé en París durante la guerra, se perderá. Ya no quedará nadie que la recuerde. –Se removió en el asiento–. En los últimos tiempos le he dado muchas vueltas. Ocurrieron demasiadas cosas y se perdieron demasiadas vidas como para que mi historia se olvide.

–Abuela, siempre que una persona sea recordada y permanezca en el corazón de alguien, no puede morir. ¿No es eso lo que dices siempre?

Lydia le dedicó una pequeña sonrisa.

–Sí, así es. Es exactamente lo que me digo a mí misma cuando pienso en tu madre.

A veces, a Fleur se le olvidaba que no era la única que había sufrido una pérdida: ella había perdido a una madre, pero Lydia había perdido a una hija.

–Es un sentimiento encantador –replicó, aunque tenía que reconocer que no estaba del todo convencida de sus palabras.

–Lo es y lo mantengo –dijo su abuela–, pero ¿sabes por qué es así? Es porque podemos hablar de ello y hay muchas personas que tienen recuerdos de tu madre igual de maravillosos y a los que podemos acceder siempre que queramos. Sé que no te sientes cómoda con esa idea, pero están ahí siempre que los necesites y estoy segura de que, algún día, lo harás.

Fleur no estaba tan segura de que ese momento fuese a

llegar, pero no se lo discutió. Lo importante era la necesidad de consuelo de su abuela.

—¿Y a ti no te ocurre lo mismo?

—No con lo que sucedió durante la guerra. No tengo nadie con quien hablar de mi familia, ya que no queda nadie más que la recuerde.

La mujer se sacó un pañuelo de algodón de la manga de la blusa y se lo pasó por los ojos.

—Ay, abuela... Por favor, no te pongas triste —dijo ella, alarmada al verla deshaciéndose en lágrimas.

Lydia se tomó un momento para calmarse.

—Estoy bien. Lo que intento decir es que, una vez que yo ya no esté, nadie hablará jamás de mi familia o pensará en ella. Me preocupa muchísimo. Siempre había pensado que era mejor no hablar del pasado, pero ahora creo que me equivocaba. —Volvió a respirar hondo—. Quiero que conozcas mi historia, Fleur. No para que puedas hablar de mí, no soy tan vanidosa, sino para que lo que le ocurrió a mi familia y a aquellos que perdí no muera conmigo. —Le dio una palmadita en el brazo—. Y puede que también te ayude a ti.

—¿A mí?

—A darte permiso para hablar de tu madre. —Fleur estuvo a punto de protestar, pero su abuela negó con la cabeza—. No quiero que llegues a mi edad y lamentos no haber hablado del pasado, por muy doloroso que sea. Si yo puedo echar la vista atrás y hablar de mi historia, tal vez te des cuenta de que tú puedes hacer lo mismo.

En parte, Fleur quería decirle que no necesitaba ningún tipo de arreglo, que estaba conforme con no visitar la parte más dolorosa de su vida, que no creía que hablar sobre su dolor pudiese marcar ninguna diferencia. La realidad seguía siendo la misma: su madre había muerto cuando ella todavía

era pequeña. Aquel era el pasado. Había seguido adelante. Tenía a su abuela y eso era todo lo que necesitaba. Aun así, al mismo tiempo, de forma irónica, quería empaparse de toda la información posible sobre el pasado de la mujer para poder tener un poco más de ella a lo que aferrarse en el futuro. La vida temprana de Lydia, antes de que conociera a su abuelo y se casara con él, era poco menos que un misterio.

—Mira, abuela, no hagas esto por mí. Háblame de ello solo si quieres. Por supuesto, siento curiosidad; siempre he querido saber más, pero siempre he respetado tu privacidad. —Extendió el brazo y le tomó la mano—. Es solo que no quiero que te pongas triste.

—No es algo que pueda contarte en unos pocos minutos, aquí sentadas —contestó Lydia al fin—. Creo que sería demasiado difícil contártelo todo de una sola vez. Lo que me gustaría es que vinieses conmigo a París. ¿Lo harías?

Fleur se quedó desconcertada. ¿La había oído bien? ¿Quería que fuese con ella a París? Lydia se había negado en redondo a llevar a nadie con ella en sus viajes y siempre había defendido su decisión diciendo que era un viaje que debía emprender a solas para honrar a su familia; que era algo demasiado personal para compartirlo. Sin embargo, ahora le estaba pidiendo que fuera con ella.

—Ay, abuela, me encantaría —respondió al fin—. Sería todo un honor acompañarte. —Rodeó el cuello de la mujer con los brazos—. Gracias, gracias por pedírmelo.

—No, gracias a ti. Gracias por decir que sí —susurró Lydia con la cabeza enterrada en su pelo—. *Merci, ma petite puce*. —Se apartó de ella—. Bien, me preguntaba si podía pedirte otro favor.

Fleur le sonrió. Ir a París no era exactamente un favor.

—Adelante.

—¿Vendrías al cementerio conmigo? No me refiero a que me lleves y me esperes en el automóvil como haces normalmente. Me refiero a que vengas conmigo de verdad.

Por algún motivo, la respuesta automática, que era decir que no, se le quedó atascada en la garganta. No le gustaba visitar la tumba de su madre; eso no era un secreto. Su abuela sabía que le resultaba demasiado doloroso. Sin embargo, algo hizo que dudara y se descubrió a sí misma accediendo a la petición.

El cementerio estaba a solo unos minutos en coche en dirección al pueblo y Fleur dejó el vehículo en el aparcamiento que estaba detrás de la iglesia de Santa María. Lydia la tomó del brazo y juntas atravesaron la puerta abatible y se abrieron paso a través del camino antes de cruzar la hierba y detenerse frente a la placa de latón que marcaba el lugar en el que estaban enterradas las cenizas de su madre.

La mujer se arrodilló sobre la hierba y quitó una hoja extrañada que se había posado sobre la placa. Alzó el jarrón, dejó a un lado las flores de la semana anterior y las reemplazó con un ramo nuevo que había recogido en el jardín antes de salir.

Fleur se quedó atrás y observó cómo su abuela juntaba las manos y, en silencio, rezaba una oración. Cuando estaban allí, siempre se sentía una intrusa. Aquel era el momento que Lydia dedicaba a su hija y, aunque esa misma persona era su madre, ambas la lloraban de maneras diferentes. El dolor que compartían no era el mismo.

Habían pasado veinte años desde que su madre había muerto y su yo de ocho años había tenido pocos recuerdos a los que aferrarse. Además, esos pocos parecían desvanecerse con cada año que pasaba.

Miró en dirección a la aguja de la iglesia y se preguntó qué

tipo de Dios privaría a una niña pequeña de su madre y a esa misma madre de la posibilidad de ver crecer a su hija.

Un petirrojo gorjeó en un árbol y la distrajo de sus pensamientos. Saltó a una rama más baja y, desde ahí, a la hierba que había justo al lado de la tumba. El pájaro ladeó la cabeza como si estuviera escudriñando a las dos humanas que tenía frente a él.

Lydia alzó la vista hacia él.

–Ah, esto es una buena señal –dijo–; significa que un ser querido ha venido de visita. –La mujer se puso en pie–. Gracias por venir hoy conmigo.

–No pasa nada.

–Sé que te entristece.

Volvió a tomar a Fleur del brazo.

–No estoy triste –contestó ella con sinceridad mientras se daban la vuelta para dirigirse hacia el automóvil.

No estaba triste. No quería estar triste. Estar enfadada era más fácil; no dolía tanto.